

La epistolografía romana: Cicerón, Séneca y Plinio

Cuando se acude a los manuales e historias de Literatura Latina en busca de información sobre epistolografía¹, sorprende sin duda el escaso tratamiento que se da a este tema: Por lo común no suele existir un apartado global dedicado a la epistolografía, tanto si la clasificación se realiza por géneros literarios como por épocas. Conviene advertir además que en España no proliferan los trabajos sobre este tema². Sin embargo, debe recordarse que entre las manifestaciones de la prosa antigua es posiblemente la epistolografía la que más interrogantes ha planteado sobre su carácter literario.

Es en la *Historia de la Literatura Romana* de E. Bickel³ donde en el segundo de sus Índices —estructurado según géneros literarios y autores— encontramos en el capítulo XVIII

1 Titulamos «romana» conscientemente por obvias razones cronológicas y de método, si bien nada habrá en contra para denominarla latina.

2 Cf. Marcos Casquero, M., «Epistolografía romana», *Helmantica* 103-105 (1983) 379-406; Castillo, C., «La epístola como género literario de la Antigüedad a la Edad Media Latina», *Eclás* 18 (1984) 427-442; Enríquez, A., «El género epistolar en la literatura latina», *Los géneros literarios. Actes del VII^e Simposi d'Estudis Clàssics (21-24 de Març de 1983)*, Bellaterra 1985, 259-268; Muñoz Martín, M.^a N., «Observaciones sobre la teoría de la "carta de amistad" en la Antigüedad», *Estudios de Filología Latina* 4 (1984) 145-155; Id., *Teoría epistolar y concepción de la carta en Roma*, Universidad de Granada 1985; Id., «La epistolografía latina: Perspectivas actuales» y «La apertura de la carta en Cicerón», *Estudios de Filología Latina en honor del Prof. Gaspar de la Chica Cassinello*, Universidad de Granada 1991, 147-158 y 159-179.

3 Trad. esp., Madrid 1982.

(«La elocuencia») reservado el último apartado a «La epístola». Efectivamente, «la confluencia de intereses entre el arte de escribir cartas y la retórica es muy lógica»⁴. Baste para justificar esto el hecho de que el efecto buscado de persuasión debe lograrse aquí mediante la palabra escrita. La carta, como ejercicio retórico, exige unas condiciones muy precisas en su redacción para que surta efecto.

No es mera casualidad que aparezcan como epistológrafos en la literatura romana predominantemente oradores nativos: Cicerón, Séneca el Filósofo, Plinio el Joven, Frontón, Símmaco, etc. En manos de autores como los que acabamos de mencionar, la teoría retórica y la práctica epistolar actúan una sobre la otra. La teoría retórica aporta principios y modelos y a la par alcanza al ejercicio epistolar porque formula sus teorías y sus dictados⁵.

La situación, compleja para la carta griega⁶, lo es más si cabe para la carta latina, cuya variedad y abundancia de materiales hacen difícil una consideración unitaria y homogénea del tema, en el que habrá que contar además con todo el material fragmentario y epigráfico⁷.

Por ello hemos establecido un doble límite, humano y cronológico, al seleccionar los tres *corpora* epistolares más amplios y relevantes del mundo romano antiguo, obra de tres autores de primera fila, Cicerón, Séneca el Filósofo y Plinio el Joven, pertenecientes no sólo a épocas muy distantes en el tiempo, sino además separadas por cambios profundos: Cicerón y la crisis de la república romana; Séneca y el turbulento

4 Cf. Suárez de la Torre, E., «Ars epistolica. La preceptiva epistolográfica y sus relaciones con la retórica», *Estudios de Drama y Retórica en Grecia y Roma*, León 1987, 177-204; 181 ss.

5 Cf. Cugusi, P., «L'epistolografia: Modelli e tipologie di comunicazione», *Lo spazio letterario di Roma antica* (dir. G. Cavallo, P. Fedeli, A. Giardina), Roma, II, 1989, 379-419; 383.

6 Cf. Suárez de la Torre, «La epistolografía griega», *Eclás* 83 (1979) 19-46; y «Ars epistolica...», art. cit.

7 El Prof. P. Cugusi se ha encargado de recopilar y comentar todo este material fragmentario y epigráfico: *Epistolografí Latini Minores, CSL Paravianum*, Torino 1970 (I); 1979 (II), 2 vols.; y *Corpus Epistulorum Latinarum: Papyris tabulis ostracis servatarum (CEL)*, Firenze 1992, 2 vols.

principado de los Julio-Claudios; Plinio y el resurgir de la libertad y de las condiciones de estabilidad bajo los Antoninos.

Huelga decir que en Roma, con anterioridad a Cicerón, era corriente la práctica epistolar: En varios pasajes de las comedias plautinas se alude a cartas ⁸; estaban también las cartas oficiales del Senado, de gobernadores, generales, etc.; las cartas autobiográficas y políticas (vgr., de los Escipiones) y didácticas (vgr., de Catón el Censor). Pero, como advierte Carcopino ⁹, hasta Cicerón los romanos no buscaron la publicación de sus cartas pensando en la gloria literaria, sino que las conservaban en sus archivos familiares. Fue el carácter de propaganda, sobre todo política, la razón de que la mayoría de las cartas privadas salgan a la luz en época preciceroniana (e incluso ciceroniana).

En cuanto a las manifestaciones epistolares posteriores a Plinio, en líneas generales van a inspirarse en este autor, pero sobre todo en Cicerón: Frontón (s. II), Símmaco (s. IV) y Sidonio Apolinar (s. V), sin olvidar los autores cristianos, cuya producción epistolar fue inmensa: Antes del período medieval se cuentan 5.500 epístolas en griego y 3.200 en latín. Cultivaron el género más de 300 autores, entre ellos Cipriano, Jerónimo, Agustín, Ausonio y Paulino de Nola, etc.

Asimismo dejaremos a un lado las llamadas cartas «poéticas», que, en palabras de Cugusi ¹⁰, constituyen «el más clásico ejemplo de cartas ficticias» y no presentan ningún interés desde el punto de vista documentario para la historia de la epistolografía (vgr., las epístolas de Horacio, las *Heroides*, *Epistulae ex Ponto* de Ovidio, la carta a Aretusa (IV, 3) de Propertio ¹¹, etc.); ni tampoco aludiremos a la denominada carta «proemio o dedicatoria», que se antepone a una obra como

8 *Bacchides* 734 s.; 997 s.; *Curculio* 4299 s.; *Persa* 501 s.; *Pseudolus* 41 s. y 998 s.; cf. Enríquez, «El género epistolar en la literatura latina», art. cit.

9 Carcopino, J., *Les secrets de la correspondance de Cicéron*, Paris 1957¹⁰, 2 vols. (= 1947), I, 16.

10 Cf. Cugusi, P., *Evoluzione e forme dell'epistolografia latina nella tarda repubblica e nei primi due secoli dell'Impero*, Roma 1983, 129; para la clasificación de las cartas, cf. 105 ss.

11 Cf. Camón, E. - Saura, J., «Propertio. Epistológrafo», *Actes del VII^e Simposi d'Estudis Clàssics (21-24 març de 1983)*, Bellaterra 1985, 213-217.

prefacio y donde se hablaba brevemente de dicha obra (vgr., Vitrubio, Plinio el Viejo, Marcial).

Nuestra atención va a centrarse en los tres epistolarios denominados «mayores», que analizaremos conjuntamente, para averiguar en qué puntos convergen o se separan tanto en lo relativo a la teoría epistolar como en la estructura, contenido, estilo... y, consiguientemente, poder valorar si conciben la epistolografía como un *genus*.

Resulta superfluo subrayar el interés literario e histórico que poseen estos tres *corpora*. Baste decir por ahora que el de Cicerón es la primera colección de cartas publicadas en Roma; el de Séneca, el primer epistolario «literario latino en prosa» —precisión que hace I. Lana¹²—, y el de Plinio, el primer conjunto de epístolas que con absoluta certeza sabemos que fueron recopiladas y publicadas por el autor.

I. PRESUPUESTOS TEÓRICOS

1. *La epistolografía romana: ¿género epistolar?*

Calificar la epistolografía de «género literario» puede ser aceptable para las producciones modernas y contemporáneas, pero —se pregunta Marcos Casquero¹³— ¿hasta qué punto es válido para la epistolografía romana?

Hay que empezar diciendo que la teoría de los géneros es un principio de orden que clasifica la literatura y la historia literaria no por el tiempo y lugar, sino según estructuras específicamente literarias. Por eso, quien se interese por la teoría de los géneros, debe tener cuidado en no confundir la teoría «clásica», que era reguladora y preceptiva, con la moderna, fundamentalmente descriptiva¹⁴.

12 Cf. Lana, I., «Le "Lettere a Lucilio" nella letteratura epistolare», *Sénèque et la prose latine* (dir. P. Grimal), Vandoeuvres-Genève 1991, 253-311; 261.

13 Cf. art. cit., 377.

14 Cf. Wellek, R. - Warren, A., *Theory of Literature*, New York 1945, 235 y 244 s. Trad. esp. Madrid 1969.

Para M.^a N. Muñoz¹⁵ —que analiza la epistolografía desde la teoría «clásica»— el género epistolar «como agrupación de obras que se manifiesta históricamente, respondiendo... a unos criterios semejantes de elaboración, apreciación y clasificación, y con una consciente referencia a la tradición propia, carecía en la teoría clásica de una formulación sistemática y suficiente». Según hemos podido constatar, esta estudiosa sigue los dictados de Scarpat, según el cual «la antigüedad no conoció una verdadera y propia teoría sobre el género epistolar»¹⁶.

Por el contrario, Suárez de la Torre¹⁷, con quien coincidimos, asegura que paralela al género epistolar nació una variedad de teoría retórico-estilística centrada en la carta que no ha cesado hasta hoy día, de modo que la configuración de la doctrina epistolar se alcanza en la Antigüedad greco-latina.

2. *La distinción cartalepístola*

Otra cuestión que ha suscitado controversia es la vieja y tajante división que estableció A. Deissmann¹⁸ para las cartas del Nuevo Testamento entre carta y epístola: La carta («Brief») es la verdadera carta, enviada a un destinatario preciso; la epístola («Epistel») es la carta dirigida ficticiamente a un interlocutor, pero en realidad destinada a la publicación. Se habla entonces de «cartas» de Cicerón y de «epístolas» de Séneca y de Plinio.

Posiblemente influenciado por Deissmann, H. Peter¹⁹ se interesa por la carta como manifestación artística, escrita y

15 Cf. *Teoría epistolar...*, *op. cit.*, 11.

16 Cf. Scarpat, G., «L'epistolografia», *Introduzione allo Studio della Cultura Classica*, Milano, I (1972) 473-512; 477.

17 «Ars epistolica...», *art. cit.*, 177.

18 Cf. *Bibelstudien*, Marburg 1895, 187-252; «Epistolary Literature», *Encyclopaedia Biblica* II, London 1901, cols. 1323-1329; *Licht von Osten*, Tübingen, 1923⁴, 198 s. (trad. ing., *Light from the Ancient East*, London 1927); cf., además, Sykytris, J., «Epistolographie», *Pauly-Wissowa, Realencyclopaedie der classischen Altertumswissenschaft, Supplementband V* (1931), cols. 186-220; Scarpat, *op. cit.*, 495 ss.; Muñoz, M.^a N., «La epistolografía latina...», *art. cit.*, 148-154.

19 Cf. *Der Brief der römischen Literatur*, Leipzig 1901 (= Hildesheim 1965).

publicada. Su contribución ha sido decisiva para el género epistolar, ya que «su obra representó la primera interpretación general centrada exclusivamente en la carta latina»²⁰.

H. Koskeniemi²¹, en su estudio sobre las ideas y la fraseología de la carta griega, incluye valiosísimas observaciones sobre la carta latina. Destaca como rasgos esenciales de la carta el sentimiento amistoso (*philophrónesis*), la idea de la presencia (*parousía*), y su significado de conversación (*homilía*). Para este autor la diferencia entre carta y epístola artísticamente escrita era ajena a los antiguos, mientras destaca el concepto de «situación» epistolar («Briefsituation»), en la cual tiene sus raíces la carta auténtica, según dicen los teóricos.

G. Luck²² recoge, tiempo después, la distinción de Deismann, añadiendo que la epístola se presenta generalmente en una colección publicada por el autor u otro próximo a él. No obstante, para Luck la distinción carta/epístola no implica ninguna valoración, pues las fronteras entre ambas son fluidas: Por su autor, por el contenido o por ambos factores una carta puede convertirse en epístola.

A K. Thraede debemos el estudio de conjunto más completo sobre la temática y la fraseología epistolares, aportando datos inestimables sobre la carta latina. Para Thraede la carta, al menos a partir de la época de Augusto, era conocida por la antigüedad greco-latina como superación de una «situación epistolar». El estudio de los tópicos y de la fraseología formularia ha revelado que en ellos se entremezclan tanto cartas como epístolas. Así, en Cicerón, vgr., hay cartas privadas de carácter literario. Es preciso, pues, ensanchar metodológicamente el «espectro del género» de modo que «no se relacione sólo con una cadena fija de determinados epistológrafos importantes, sino que sobre todo cubra la convención específica epistolar según la concepción antigua»²³.

20 Cf. Muñoz, «La epistolografía latina...», art. cit., 148.

21 Cf. *Studien zur Idee und Phraseologie des griechischen Briefes bis 400 n. Chr.*, Helsinki 1956.

22 Cf. «Brief und Epistel in der Antike», *Altertum* 7 (1961) 77-84.

23 Cf. *Grunzüge griechisch-römischer Brieftopik*, München 1970, 4.

Por lo que a nosotros respecta, y siguiendo a Scarpát ²⁴, rechazamos por comodidad y por tradición la distinción de Deissmann entre carta y epístola, y usaremos indistintamente ambos términos.

3. *La preceptiva epistolar en el mundo greco-romano*

De acuerdo con la concepción actual es correcto designar con el término de *género* a la epistolografía. Sin embargo, para abordar el estudio de la epistolografía latina —de Cicerón a Plinio— se debe averiguar el criterio que en la Antigüedad clásica se aplicó a este tipo de literatura.

B. Kyzler ²⁵ enumera tres tipos de fuentes para el conocimiento de la teoría epistolar:

1. *Escritos en que se dan normas exclusivamente para este género.*—Es llamativa aquí la escasez de materiales. Se citan los *Túpoi Epistolikoí* de Demetrio (ss. II/I a.C.), donde se enumeran 21 tipos diferentes de carta, se definen brevemente y se da un pequeño ejemplo del mismo.

El *Perì epistolimaiu kharaktéros* de Pseudo-Proclo, que pese a ser de época bizantina (s. V?) interesa porque recogen la tradición anterior. La carta se define como una conversación entre dos personas separadas por la distancia, si bien en la imaginación del que escribe el ausente está ante él. Trata someramente de los principios que deben regir la epístola, señalándose 41 tipos de carta, definidos de forma sucinta e ilustrados con un ejemplo.

2. *Observaciones sobre el género epistolar incluidas en escritos de tipo general sobre retórica.*—El *Perì hermeneías* («Sobre el estilo») de Demetrio (s. I p.C.) consta de apenas 13 párrafos. Entre otras cosas se dice que una carta es como una

²⁴ Cf. *op. cit.*, 499.

²⁵ Cf. «Brief», *Lexikon der Antike. Philosophie, Literatur, Wissenschaft Antike* I, München 1969, 261-266.

parte del diálogo, donde el autor debe reflejar su personalidad. La carta ha de ser breve, ya que si es demasiado larga sería un tratado; y con un saludo o encabezamiento (así son muchas epístolas de Platón y Tucídides); los períodos serán cortos; se atenderá no sólo a la forma, también al contenido; la incorporación de proverbios y sentencias aumenta la elegancia de una carta. Muy importante a efectos de la tradición epistolar es la exigencia de adecuación de la carta al destinatario.

Esta obra, según E. Suárez²⁶, posee un doble valor:

- 1.º Es muy probable que sea un compendio de las teorías más antiguas sobre epistolografía, no sólo por recoger las opiniones de Artemón, editor de la correspondencia de Aristóteles, sino por ofrecer un epítome de las teorías peripatéticas sobre el estilo epistolar.
- 2.º Puede tenerse por el conjunto de prescripciones acerca de la carta más completo que nos ha llegado. Prácticamente todas las exigencias que la preceptiva posterior va a reclamar de la carta y del estilo epistolar se hallan, de modo más o menos explícito, en este tratado de Demetrio, sólo parangonable al de Pseudo-Proclo.

En el mundo latino hay que esperar hasta Julio Víctor, un gramático del siglo IV, quien dedica el apéndice de su *Ars Rhetorica* a tratar *De epistulis*²⁷. La carta, desde el siglo IV en adelante, tiende a desconcretizarse (= a empobrecerse de contenido) y paralelamente a retorizarse, a asumir el papel de bella página²⁸. Habrá que llegar hasta la Edad Media para encontrar auténticos tratados sobre el tema: Las *artes dicendi* consideran ya abiertamente la carta como una pieza oratoria.

26 Cf. «Ars epistolica...», art. cit., 187-189.

27 Este apéndice en la ed. de C. Halm, *Rhetores Latini Minores*, Lipsiae 1863 (= Frankfurt am Main 1964), ocupa poco más de una página (447-448). Comienza: *Epistolis conveniunt multa eorum, quae de sermone praecepta sunt*. Finaliza: *In summa id memento et ad epistolas et ad omnem scriptionem bene loqui*. Distingue entre cartas *negotiales*, a las que son aplicables los principios de la oratoria formulados en el *Ars*, y cartas *familiares*. Se conserva, además, un *excerptum* extraído del códice parisino 7530, tal vez de la misma época (cf. ed. Halm, 589).

28 Cf. Cugusi, «L'epistolografia...», *op. cit.*, 382.

3. *Desarrollos teóricos contenidos en las mismas epístolas.*—Pese a esta escasez de información sistemática sobre epistolografía como género literario, a diferencia de lo que se ha verificado para otros *genera*, existía ciertamente una teoría sobre cómo escribir cartas.

Tomando como base las opiniones de los epistológrafos «militantes» romanos, Cicerón, Séneca y Plinio, podemos reconstruir un cuadro del *genus* epistolar latino.

Hay que partir de la base de que en la Roma de Cicerón, en realidad ya desde mucho antes, se daba una influencia importante de la retórica griega y un conocimiento de la teoría epistolar griega.

3.1. Clasificación de las cartas

La retórica —nota P. Cugusi²⁹— prevé y en cierto sentido canoniza la tipología epistolar. Este comportamiento puede haberle sido inspirado a la retórica por la práctica epistolar. Pero si la *praxis* ha jugado un papel en la creación de los modelos epistolares adecuados a las más variadas circunstancias, la retórica después ha multiplicado a su antojo los *typoi*.

La distinción fundamental operada por los antiguos y aceptada por los modernos es entre cartas públicas y privadas. Cicerón distingue ambas clases: *Aliter... scribimus quod eos solos quibus mittimus aliter quod multos lecturos putamos* (*epist.* 15, 21). También Plinio: *aliud est enim epistulam aliud historiam, aliud amico aliud omnibus scribere* (*epist.* 6, 16).

A) *Cartas públicas*: Pueden caer en manos de terceros, sin que se viole el secreto epistolar. Se dividen en *oficiales* (meramente informativas), *de arte* (para ser publicadas). Éstas pueden, a su vez, ser poéticas, filosófico-morales, literarias, dedicatorias, etc.

B) *Cartas privadas*: Se establece un intercambio epistolar entre dos interlocutores, sin intromisión de terceros. El más importante es el *typos filikós* o «carta de amistad».

29 Cf. «L'epistolografia...», *op. cit.*, 395.

4. *La carta «de amistad»*

Cicerón, entre las cartas privadas, diferencia tres tipos (*epist.* 2, 4): a) Comunicar una noticia a una persona ausente: *illud certissimum, ut certiozem faceremus absentis*, que fue el género en su origen; b) *Reliqua sunt epistularum genera duo, quae me magno opere delectant: unum familiare et iocosum, alterun seuerum et grauem.*

Es evidente que las subdivisiones pueden multiplicarse a tenor del contenido (cartas de felicitación, de pésame, de agradecimiento, de recomendación, etc.), ofreciendo Cicerón muestras de todas ellas.

Séneca utiliza el género epistolar para la exposición de sus enseñanzas filosóficas (de ahí que se hable de carta-tratado), y también hace uso de las funciones epistolares habituales (ruego, exhortación, consejo, petición, consuelo, etc.): ... *nec tantum hortor ut perseueres sed etiam rogo... Illud autem te admoneo* (*epist.* 5). En Plinio, junto a la carta informativa también hallamos la de recomendación, felicitación, agradecimiento, petición (*epist.* 5, 8 y 11; 9, 31; 4, 13).

No es difícil reducir las variedades distinguidas por los antiguos a las funciones de *Appel* («Llamada») *Ausdruck* («Expresión») y *Darstellung* («Representación») de K. Bühler o incluso a la mayoría de las seis señaladas por R. Jakobson: Referencial (= Representativa), Emotiva (= Expresiva), Conativa (= Vocativa), Fática, Poética y Metalingüística³⁰.

4.1. Estructura epistolar: Fórmulas

La carta es afín al discurso, pero también es un documento escrito y debe respetar, por tanto, ciertas reglas que miran a funcionalizarla³¹.

30 Cf. Bühler, K., *Sprach-Theorie*, Jena 1934 (= Stuttgart 1965). Trad. esp., *Teoría del lenguaje*, Madrid 1967; Jakobson, R., «Linguistics and Poetics», *Style in Language*, T. Sebeot (comp.), Cambridge Mss. 1960, 350-377; trad. esp., *Lingüística y Poética*, Madrid 1981.

31 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 46.

Debe presentar una cierta estructura que permita reconocer inmediatamente que uno se encuentra frente a una carta. Por otro lado, se comprueba que la estructura fijada a partir de Cicerón se mantiene en toda la tradición posterior, identificando sus manifestaciones como pertenecientes a un género autónomo de la prosa latina con una teoría, composición y función propias ³².

Observa C. D. Lanham ³³ cómo generalmente se asume que las más primitivas fórmulas epistolares latinas, al menos en el marco epistolar externo, traducen fielmente las griegas, ya que los latinos debieron aprender de los griegos el arte de escribir cartas.

— «*Inscriptio*» (= *saludo inicial*)

El nombre del remitente, en nominativo (= *intitulatio* o *superscriptio*); el del destinatario, en dativo (= *adscriptio*), añadiendo a veces *salutem* (sobreentendido *dicit*).

En Cicerón, el esquema, siempre muy simple, presenta algunas variantes debidas al juego de los nombres romanos. Entre hermanos la fórmula es *praenomen-praenomen* (*Marcus Quinto fratri salutem*); entre esposos, *nomen-nomen* (*Tullius salutem dicit Terentiae suae*); los no parientes, *cognomen-cognomen* (*Cicero Attico salutem*).

La *inscriptio* de las cartas de Séneca siempre es la misma: *Seneca Lucilio suo salutem*. Plinio encabeza todas sus epístolas con la siguiente fórmula: *C. PLINIVS (...) SVO/SVAE S.*

— «*Corpus*» o *texto*

Comenzaba con la frase convencional (presentada en forma abreviada con la primera letra de cada palabra) *s.u.b.e.e.u.* (= *Si*

32 Cf. Muñoz, «La epistolografía latina...», art. cit., 155.

33 Cf. *Salutatio Formulas in Latin Letters to 1200: Syntax, Style, and Theory*, München 1975.

uales bene est ego ualeo) o similares, en el epistolario ciceroniano.

Pero esta fórmula comienza a estar en desuso hacia la mitad del siglo I y desaparece definitivamente en época de Trajano. Séneca nos lo corrobora con estas palabras: *mos antiquitatis fuit usque ad meam seruatam aetatem primis epistulae uerbis adicere: si uales bene est, ego ualeo* (epist. 15). Y lo mismo Plinio: *incipere priores solebant: si uales bene est, ego ualeo* (epist. 1, 11). Ambos prescinden de la fórmula y pasan directamente al contenido.

— «*Subscriptio*» o «*clausula*» (= *saludo final*)

Vale, ualete o semejantes. Séneca y Plinio siempre cierran la carta con *uale*. Cicerón, a veces, emplea otras fórmulas: *cura ut ualeas, fac ut ualeas*, o frases menos estereotipadas. A menudo, el texto se dictaba; en cambio, la *subscriptio* la escribía el remitente de su puño y letra, como señal de «autenticidad» de la carta y de cortesía para con el destinatario.

4.2. Concepción «tópica» de la epístola en los autores romanos

En el ámbito de la estructura y de la fraseología propias de las epístolas latinas destacan, además de las fórmulas de apertura y clausura, una serie de ideas y de términos que aparecen con gran frecuencia y de modo característico, pudiéndose hablar de una concepción «tópica» de la epístola en los autores romanos.

— «*Sermo inter absentes*»

Cicerón interpreta la situación epistolar como una conversación y simple forma de vinculación con el destinatario, como *amicorum colloquia absentium* (Phil. 2, 7), transformando, de acuerdo con la teoría epistolar, la *apousía* en *parousía*.

En Séneca también se da el deseo de la presencia del amigo y la añoranza por su ausencia: *Si quando interuenerunt epistulae tuae, tecum esse mihi uideor et sic adficio animo tanquam tibi non rescribam sed respondeam (epist. 67).*

En Plinio igualmente se constata la vinculación carta-amistad: *Mihi autem familiare est omnes cogitationes meas tecum communicare isdemque te uel praeceptis uel exemplis monere, quibus ipse meo moneo; quae ratio huius epistulae fuit (epist. 4, 24).* Sin embargo, son muy escasas las alusiones que Plinio hace a la carta como conversación, sin que falten ejemplos: *Longius me prouexit dulcedo quaedam tecum loquendi (epist. 2, 5).*

— *Reflejo del «ethos»*

Si la carta puede convertir la *apousía* en *parousía* es en gran medida por su capacidad de reflejar la personalidad del ausente. Por medio de ella Cicerón reconoce el *ethos* de su autor: *Te totum in litteris uidi (epist. 16, 6)*, escribe a Tirón. El que escribe debe manifestarse tal cual es.

En Séneca la presencia se consigue mediante la autorepresentación: *Quod frequenter mihi gratias ago; nam quo uno modo potes te mihi ostendis. Numquam epistulam tuam accipio ut non protinus una simus. Si images nobis amicorum absentium iucundae sunt, quae inani solacio leuant, quanto iucundiores sunt litterae, quae uera amici absentis uestigia, ueras notas adferunt? Nam quod in conspectu dulcissimum est, id amici manus epistulae inpressa praestat, agnoscere (epist. 40).*

En Plinio se percibe asimismo la importancia del *ethos*, tanto referido a cualquier tipo de representación del autor en sus escritos, como a la adaptación al destinatario, lográndose así una *cuasi* presencia: *... Altera epistula nuntias multa te nunc dictare nunc scribere, quibus nos tibi repraesentes (epist. 9, 28).*

— *«Narrare, certiore facere»*

A la función de la carta como portadora de vinculaciones amistosas se refiere Cicerón en *fam.* 15, 14, reputándola la

finalidad última de la correspondencia. Junto a la *confirmatio nostrae amicitiae*, se alude al papel propio de la carta, que si *coram essemus* podemos *de nostris rebus communicare inter nos*. Reconoce así una característica esencial de la carta: *illud, quod est epistulae proprium, ut is ad quem scribitur de iis rebus quas ignoret certior fiat, praetermittendum esse non puto* (*ad Q. fr.* 1, 1).

Séneca no desdeña la función informativa, pero al modificarse la situación amistosa por la relación maestro-discípulo se acentúa el *docere-narrare*. Su interés no se dirige, pues, hacia los tópicos habituales, y cuando pregunta a Lucilio *quid agas, quid noui esset?* (*epist.* 32), se refiere en general al esfuerzo en el progreso moral. Rechaza todo escrito sin contenido, e incluso el *narrare* referido a los acontecimientos históricos de la época. El contenido de la carta para Séneca debe ser elevado, filosófico y, desde luego, muy distinto del que ofrece la mayor parte de la correspondencia ciceroniana: *Itaque in antecessum dabo nec faciam quod Cicero, uir disertissimus, facere Atticum iubet ut etiam «si rem nullam habebit quod in buccam uenerit, scribat»* (*epist.* 118).

Para Plinio, como para Cicerón, la carta es esencialmente un medio de *communicare inter nos* las ocupaciones diarias, proyectos y reflexiones: *Haec tibi scripsi, quia aequum erat te pro amore mutuo non solum omnia mea facta dictaque, uerum etiam consilia cognoscere* (*epist.* 1, 5). En cualquier caso, intenta oponerse a la limitación del contenido, aprovechando las posibilidades que le brinda la época: *Habeant nostrae quoque litterae aliquid non humile nec sordidum nec priuatis rebus inclusum* (*epist.* 3, 20).

— Brevedad y claridad

Cicerón declara a menudo que aprecia la abundante información y pide disculpas por la *inopia rerum* (*Att.* 11, 4; 2, 11; 4, 16; 6, 1). Su epistolario está lleno de peticiones de noticias, escribiendo él también para dar nuevas.

Los tratadistas recomendaban la brevedad, porque entonces no sería una carta sino un tratado. Con todo, Cicerón se

lamenta de la brevedad de las cartas de Bruto, pero quiere que también las cartas sean breves. Así, dice a Atico que le escriba lo que se le ocurra, a condición de que lo que le escriba *longum non erit* (*epist.* 11, 25).

Séneca reconoce que uno de los requisitos de la carta es la brevedad, lo que él por cierto no siempre cumple: *Ne epistulae modum excedam, quae non debet sinistram manu legentis implere...* (*epist.* 45).

Plinio, como Cicerón, prefiere cartas extensas y asiduas, pero influido por la teoría epistolar posee un cierto sentido de la brevedad natural de la carta y de sus límites frente al discurso forense (*epist.* 4, 17), pidiendo disculpas por una extensión excesiva: *Iam finem faciam ne modum, quem orationi adhibendum puto, in epistula excedam* (*epist.* 2, 5).

— Adecuación al destinatario

En Cicerón existen, entre los diversos *corpora* epistolares, notables diferencias de tono según el destinatario: Siempre muy espontáneas las cartas a Atico, a Quinto y a Tirón; agridulces y un poco falsas las remitidas a Apio Claudio; bromistas y afales a Trebacio, etc.

En Séneca el contenido moral-filosófico de todas las cartas, que se adapta a la situación y al destinatario, alcanza un nivel más general, que lo hace igualmente válido para un lector indeterminado.

Plinio en la *epist.* 6, 16 (a Tácito) estima la narración adaptada al destinatario concreto como enteramente significativa para el género: «Una cosa es escribir una carta, otra una historia; una cosa es escribir para un amigo, otra escribir para todos».

— La lengua de las epístolas: «*sermo cotidianus*»

En Cicerón hay escasas alusiones a las exigencias estilísticas que reclaman las cartas. La formulación más amplia se

encuentra en *epist.* 9, 21, donde opone la carta a los discursos forenses y asamblearios: *Quid enim simile epistula aut iudicio aut contioni?... epistulas uero cotidianis uerbis texere solemus.*

El *sermo* («*cotidianis uerbis*») es el propio de la carta, prescindiendo por lo común de los recursos más elevados del ornato. Lo que no excluye una expresión cuidada y correcta. Las cualidades más sobresalientes son *diligentia* (= exactitud escrupulosa, detalle) y *suauitas* (= encanto, elegancia), resultando así *accuratae litterae*.

Séneca expone su concepción acerca de los rasgos estilísticos de la carta en la *epist.* 75, al criticar Lucilio su forma de expresión, un tanto descuidada. Establece el parentesco entre ésta y la conversación: *qualis sermo meus... tales esse epistulas meas uolo*. Su pretensión es sencillez y sinceridad, sin caer en la aridez, que no conviene a la materia que él trata. Defiende un estilo ni bajo ni elevado, que rechaza la *uoluptas sine utilitate* y la ostentación.

Plinio ofrece notas muy ocasionales de los rasgos estilísticos que considera adecuados para la carta: Es consciente de que requiere, frente a la poesía, moderación en los afectos y en el ornato, sin admitir los recursos grandilocuentes (*epist.* 9, 33). Dando consejos al joven Fusco sobre el dominio de la elocuencia, dice que la carta debe escribirse en un estilo rápido y sencillo: *uolo epistulam diligentius scribas... et pressus sermo purusque ex epistulis petitur* (*epist.* 7, 9), y recomienda allí como ejercicio la redacción de cartas, porque confiere concisión y agilidad a la expresión³⁴. Aconseja además (*epist.* 3, 9) la exactitud esmerada (= *diligentia*), lo que implica observar los preceptos del *ars* en general y en particular los epistolares. Esta cuidadosa elaboración de las cartas a que se refiere con los términos de *curatius* y *curiosus* (*epist.* 1, 1; 9, 28) da como resultado cartas correctas (*politae litterae*) (*epist.* 7, 13; 1, 16).

Además de las expresiones particulares (lenguaje coloquial, deprecaciones, etc.), la retórica antigua sugería algunos

³⁴ Esta carta ha sido definida por A. M. Guillemin como una *Institutio Oratoria* en pequeño (cf. su edición de *Pline le Jeune. Lettres*, Paris 1943, 3 vols., I, p. 9, n. 1).

rasgos de carácter general a qué recurrir para embellecer las cartas:

- Uso del griego y de grecismos

El griego ocupa muchísimo espacio en el epistolario ciceroniano, pero en desigual distribución. Cicerón lo usa sobre todo de modo dúctil y brillante, a menudo como mera forma de coquetería. Abunda en *ad Atticum*, *ad Quintum*, *ad Tironem*.

Séneca usa mucho el griego peculiar de la terminología filosófica, a veces con la técnica de la *interpretatio* (*epist.* 89: *sapientia est quam Graeci sofian uocant*). En *ad familiares* de Plinio, el griego, muy usado, marca una impronta netamente literaria, a diferencia de Cicerón. En el *lib.* X —el del intercambio con Trajano— el griego de Plinio, y más aún el del emperador, es esencialmente técnico, típico del lenguaje administrativo.

En la tradición epistolar latina encontramos tres tipos de grecismos: *a*) el grecismo «técnico»: vgr., el del lenguaje médico (Cicerón); el del filosófico (Séneca); el del literario-gramatical-retórico (Plinio); el de los negocios, de la administración (Plinio y Trajano); *b*) palabras diseminadas por las cartas sin tener una connotación precisa no por carencia de la equivalencia latina, sino para exponer de modo más brillante el pensamiento o adornar el discurso; *c*) citas de autores, sobre todo poetas. El autor más citado en los tres epistolarios es, naturalmente, Homero.

- Citas

La mayoría proceden de poetas, en menor medida de prosistas. En Cicerón, como sucedía con el griego, las citas tienen función ornamental (Ennio, Terencio y Pacuvio los más citados). En Séneca tienen con frecuencia valor moral y ejemplar³⁵; entre

35 Setaioli, A, *Seneca e i Greci. Citazioni e traduzioni nelle opere filosofiche*, Bologna 1988; estudia las citas explícitas de los autores griegos presentes en los escritos filosóficos senequianos.

los latinos cita en especial a Virgilio y a Ovidio. En Plinio las citas son funcionales en el plano literario. Prevalecen las virgilianas, no faltan de Lucrecio y Catulo.

- Uso de proverbios

Son muy frecuentes en Cicerón, en sus cartas o en las de sus corresponsales. También los hay en Séneca y en Plinio. Los proverbios se usan tanto en la forma griega como en la latina. Es característico aludir al proverbio citando sólo pocas palabras y dejando que el lector lo complete.

- Uso de frases recurrentes y estereotipadas

Aparte de las que aparecen en la *inscriptio* y la *subscriptio* se dan también en el cuerpo de la carta, fácilmente justificable en las oficiales o burocráticas (vgr., Plinio y Trajano).

- Elipsis e incisos

Las elipsis e incisos son frecuentes en los epistolarios más íntimos, sugeridas por el tipo de lenguaje característico del género —el *sermo cotidianus* (cf. sobre todo en Cicerón).

El uso de citas y de proverbios epistolares indica que también en este campo se registra una «tradición» que va de epistológrafo en epistológrafo ³⁶.

* * *

En suma, este complejo de dictados —según observa P. Cugusi ³⁷— transforma un acto originariamente espontáneo

36 Cf. Cugusi, «L'epistolografia...», *op. cit.*, 391.

37 Cf. «L'epistolografia...», *op. cit.*, 384.

como «dialogar con el amigo ausente» en un comportamiento altamente sofisticado y estilizado, y, por tanto, regulado —casi nos atreveríamos a decir coartado— por precisas, cuando no por férreas leyes. Asistimos así a la progresiva constitución de un verdadero y propio *genus* con formulaciones peculiares y características inconfundibles.

II. EPISTOLARIOS DE CICERÓN, SÉNECA Y PLINIO

1. *Contenido histórico*

1.1. Cicerón: testigo de la crisis de la República Romana

La vida de Cicerón (106-43 a.C.) corre paralela a la de César (100-44 a.C.) —se habla indistintamente de época de César o de Cicerón. Se trata de uno de los períodos más agitados y decisivos de la historia de Roma, en que las elecciones y alianzas no se hacían según la teoría, sino sobre la base de la amistad, de las relaciones personales, de las exigencias de una estrategia a corto plazo.

El Senado estaba dominado por las facciones y los grupos familiares unidos a uno o dos personajes prestigiosos. Todo esto no habría sido compatible con posiciones teóricas rígidas. En la República agonizante los asuntos de la ciudad se gestionaban a menudo día a día y para mantenerse en el juego hacía falta habilidad y sutileza. La República moría destruida por la lógica misma de los principios que la habían fundado: El antiguo deseo de gloria se había gradualmente pervertido; la riqueza era la forma más accesible a la gloria; la sociedad romana estaba dominada por la apariencia, por lo que entonces se llamaba *dignitas*, fundada en la jerarquía social³⁸.

Es justamente gracias a las condiciones de la vida política romana al final de la República que Cicerón, nota P. Grimal³⁹,

38 Cf. Grimal, P., *Cicéron*. Paris 1986, 7-21.

39 Cf. *Cicerone*. Napoli 1986, 7-11.

pudo expresar todas sus cualidades en el terreno de la política, de la oratoria y de la filosofía. El espectáculo de esta vida se nos abre en gran medida gracias a la correspondencia de Cicerón y de sus amigos, que resulta así un documento biográfico e histórico de incalculable valor.

1.2. Séneca: la lucha por la *libertas* desde la filosofía

Casi cincuenta años separan la muerte de Cicerón del nacimiento de Séneca (c. 4 a.C.-65 p.C.), pero la situación política, social y cultural es ahora distinta. La vida del filósofo cordobés se prolonga desde los últimos tiempos del principado de Augusto hasta Nerón, último representante de la dinastía Julio-Claudia, cuyos miembros ejercieron el poder unas veces con moderación y pericia, otras de modo despótico, arbitrario y cruel, reprimiendo con despiadada violencia toda oposición o manifestación de libertad, muy lejos del ideal de monarquía sabia y prudente que propugnaba Séneca.

La situación en que se hallaba éste era, según A. Traina⁴⁰, la de librar una batalla por la *libertas*, y la combatió desde la última trinchera que el mundo clásico ofrecía al hombre contra la violencia de la historia: la filosofía.

Aunque la *eleuthería* de la Grecia clásica no coincidía del todo con la *libertas* de la Roma republicana, puede decirse que Roma después de Augusto está en situación parecida a la de Grecia después de Alejandro. Opuesta a la *dignitas*, la *libertas* había tramado toda la historia de la *res publica*. Resuelto el *certamen dignitatis* a favor de un solo hombre, el *princeps*, la *libertas*, opuesta al *principatus*, sólo tenía dos vías: suicidarse con Catón o interiorizarse. Tocó a Séneca, maestro y consejero de Nerón, dar a conocer a Roma el mensaje de la interio-

⁴⁰ Cf. *Lo stile «drammatico» del filosofo Seneca*, Bologna 1974, 10 s. (= 1986⁴); y el excelente estudio de Grimal, P., *Sénèque ou la conscience de l'empire*, Paris 1978, con un valioso apéndice (I): «Les Lettres à Lucilius: Chronologie. Nature», 441-465; del mismo, *Sénèque*, Paris 1981.

ridad: *Me prius scrutor, deinde hunc mundum* (epist. 65). Es el programa de toda su filosofía.

1.3. Plinio: *laudator* de la *felicitas temporum* bajo los Antoninos

Aproximadamente un siglo dista entre la muerte de Cicerón y el nacimiento de Plinio el Joven (62-¿113? p.C.). El reinado de Trajano, el *saeculum Traiani* —que el propio emperador y también Plinio denominan *saeculum nostrum*— representa una de las cimas del Imperio Romano, sobre todo del 107 al 111, en todos los planos.

El gobierno de Trajano parece solucionar de modo positivo los contrastes y problemas heredados de la dinastía Flavia⁴¹. Quien mejor nos ilustra del cambio operado es Tácito, amigo y coetáneo de Plinio. En *Agr.* 2 saluda el advenimiento de la nueva dinastía con estas palabras: *Nunc demum redit animus*. Ensalza los felices tiempos de Nerva y de Trajano, porque han sido capaces de conjugar dos cosas hasta entonces disociables, *principado y libertad*. En *hist.* 1, 1, insiste en la insólita felicidad de la nueva época, *ubi sentire quae uelis et quae sentias dicere licet*.

Ahora se consiente la crítica, incluso la más feroz, a condición de que se descargue sobre el pasado, sobre las generaciones anteriores (Julio-Claudios, Flavios), de suerte que así resulta más viva aún la imagen de la dicha presente⁴².

El epistolario de Plinio, al igual que las obras de Tácito y de Juvenal, se comenzó a componer después de la caída de Domiciano (96 p.C.). También éste debía responder al sentido de satisfacción que los nuevos tiempos provocaban. Pero, mientras que de aquel sentido de satisfacción Tácito y Juvenal extraían motivos para revolverse contra el pasado y representarlo con tonos sombríos, Plinio, que era de ánimo

41 Cf. Gianotti, G. F. - Pennacini, A., *Società e comunicazione letteraria di Roma Antica*, Torino 1986², 3 vols.; I, 108-111.

42 Gianotti-Pennacini, *op. cit.*, 11; Grimal, P., *Tacite*, Paris 1990.

manso e inclinado al optimismo, se volvió más gustoso hacia el presente, y describió las condiciones serenas —aunque modestas— de los años en que retornaban la paz y seguridad personales, i. e., la *felicitas temporum* que Tácito, aunque señala más de una vez, no convierte jamás en objeto de sus escritos⁴³.

2. *Cronología de la composición y de la publicación de las cartas*

1. El *corpus* ciceroniano, compuesto de 37 libros conservados y casi mil cartas, no plantea problemas generales de datación, aun cuando hay cartas que carecen de fecha. Abarca un amplio período comprendido entre los años 68 al 43 a.C.

- Los 16 lib. *Ad Atticum* van del 68 al 44 a.C.
- Los 16 lib. *Ad familiares*, del 62 al 43 a.C.
- Los 3 lib. *Ad Quintum fratrem*, del 60 al 54 a.C.
- Los 2 lib. *Ad Brutum*, del 43 a.C. Su autenticidad es discutida.

Fue voluntad de Cicerón divulgar no sólo sus cartas, sino colecciones de ellas (*GELL.*, 16, 5, 5). En cuanto a la publicación, hay que distinguir las cartas *Ad Atticum* del resto de los *corpora*.

a) Por largo tiempo se pensó que el epistolario *Ad Atticum* se publicó hacia mediados del siglo I d.C., basándose en que Asconio Pedanio —un gramático del siglo I comentarista de Cicerón— no menciona estas cartas. Pero hoy se considera inverosímil que una obra de tal envergadura fuese desconocida durante un siglo.

Carcopino⁴⁴ formuló la tesis, en absoluto demostrable, de que los epistolarios de Cicerón se publicaron a instancias de Octaviano antes de Actium (31 a.C.) para divulgar la mezquindad privada y política del republicano Cicerón y disminuir

43 Rostagni, A., *Letteratura latina*, Torino 1964³, 3 vols.; III, 239.

44 Cf. *op. cit.*, I, 430.

así la figura de uno de los máximos defensores de la *libertas rei publicae*. No se duda⁴⁵ de que antes del 66 p.C. ya estaban publicadas, porque Séneca las cita en su epistolario (*epist.* 97, 4; la carta *ad Atticum* 1, 16, 5).

b) El *corpus Ad familiares* fue publicado después de la muerte del orador, con criterios diferentes a los que él había concebido. El 9 de julio del año 44 a.C. Cicerón escribía a su amigo Atico: *Mearum epistularum nulla est synagogé; sed habet Tiro instar septuaginta, et quidem sunt a te quaedam sumendae. Eas ego oportet perspicam corrigam; tum denique edentur* (*Att.* 16, 5). Cicerón tenía, así pues, la intención de publicar su correspondencia, según Carcopino⁴⁶, por motivos políticos y de propaganda, pero después de haberla expurgado. La muerte impidió este proyecto, saliendo luego a la luz muchas cartas que él sin duda habría suprimido. Todo apunta a considerar que las publicó su liberto y secretario Tirón bajo el gobierno de Augusto, pues la primera cita es de Séneca el Rétor (*suas.* 1,5).

El resto de su correspondencia nos ha sido transmitida en los mismos MSS a los que debemos las cartas a Atico.

2. No hay acuerdo sobre la fecha de composición de los epistolarios de Séneca y de Plinio.

2a. El de Séneca carece de toda datación cronológica formal. G. Mazzoli⁴⁷ distingue una cronología relativa y una absoluta, concentrándose el debate sobre todo en el segundo punto. La única referencia absoluta históricamente indiscutible es el término *a quo* (*epist.* 91: el incendio de Lyon acaecido en el año 64). Como término final se pone el año 64, o bien, como límite último, abril del año 65, en que muere Séneca. Hoy predomina el acuerdo de que las epístolas son un producto del retiro de Séneca de la vida pública (año 62), estableciéndose a

45 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 168 ss.; Canfora, L., «Ranke, Strassmann e l'epistolario ciceroniano», *Totalità e selezione nella storiografia classica*, Bari 1972, 115-129.

46 Cf. *op. cit.*, I, 24-28.

47 Cf. «Le "Epistulae Morales ad Lucilium" di Seneca», *ANRW* II.36.3 (1989), 1823-1877; 1850 ss.

su vez una cronología corta, años 63-64 (Lipsio) y una larga, años 62-64 (Cugusi) ⁴⁸.

Se admite ⁴⁹ que Séneca fue editor de su epistolario: De la publicación de los lib. I-III se encuentran testimonios en *epist.* 29; en cuanto a las otras cartas es muy verosímil.

2b. Sabemos con absoluta certeza que Plinio publicó sus cartas. Pero, ¿en qué medida Plinio sigue un orden cronológico en la disposición y publicación de su epistolario, pese a lo que afirma en la *epist.* 1,1: *collegi [epistulas] non seruato temporis ordine?* El problema de la cronología pliniana surge de factores entrelazados ⁵⁰:

- a) Ausencia absoluta de fecha en las *subscriptiones*.
- b) Relación más o menos estrecha entre las «series» de cartas, que tienen un argumento afín o incluso único.
- c) Relativa alternancia de temas diversos en el ámbito de cada libro o entre libro y libro.

Las respuestas que se han dado son diversas, aunque la mayoría de los críticos creen que los libros fueron publicados no en bloque, sino en grupos de dos o de tres, y que el orden cronológico sigue este nivel. La fechas de publicación van desde los años 97-110 de T. Mommsen —el primero que intentó sistematizar cronológicamente las cartas ⁵¹— a los años 105-109 de R. Syme ⁵².

Las cartas intercambiadas con el emperador (*lib.* X) plantean problemas de datación, resueltos por estudiosos como E. Aubrion ⁵³ en dos fechas posibles: los años 110/112

48 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, y «Epistolografii», *Dizionario degli scrittori greci e latini* (dir. F. della Corte), Milano 1987, II, 821-853.

49 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, Roma 1983, 201 ss.; Canfora, «L'epistolario morale», *Lo spazio letterario di Roma antica*, *op. cit.*, III, Roma 1990, 38; Lana, *op. cit.*, 280 s.

50 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 208.

51 Cf. «Zur Lebensgeschichte des jüngeren Plinius», *Hermes* 3 (1869), 31-139 (= *Gesammelte Schriften* IV, Berlin 1906, 366-468).

52 Cf. «The dating of Pliny's latest letters», *CQ* 35 (1985) 176-185.

53 Cf. «La "correspondance" de Pline le Jeune: Problèmes et orientations actuelles de la recherche», *ANRW* II.33.1 (1989) 304-374; 315 ss.; Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 207 ss.; Vidmann, L., *Étude sur la correspondance de Pline le Jeune avec Trajan*, Roma 1972, 13 ss.

o 111/ 113, salvo las cartas 1-14, que son anteriores (98 al 101 o 102).

3. *Destinatario*

1. Las 124 cartas de Séneca van dirigidas a un único personaje, Lucilio, a quien había dedicado además *De Providentia* y *Naturales Quaestiones*. Pero el Séneca de las cartas ejerce sobre Lucilio casi un derecho de propiedad: *adsero te mihi: meum opus es* (*epist.* 34).

Se acepta por la crítica en general ⁵⁴ (Peter, Scarpat, Cugusi, Lana) que el epistolario senecano es un producto dedicado a Lucilio, aunque concebido y escrito pensando en un público más amplio. Ello no excluye la consistencia histórica de Lucilio, de la que han dudado algunos estudiosos.

2. Por el contrario, la colección de Cicerón y la de Plinio la conforman cartas dirigidas a un nutrido grupo de correspondientes.

2a. En cuanto a los *corpora* ciceronianos, de las 931 cartas conservadas todas fueron escritas por Cicerón, salvo 70, que son de sus amigos. Por ellas desfilan los grandes personajes de la política de entonces (vgr., Ap. Claudio Pulcro, C. Cassio, D. Bruto, César, Dolabella...), los miembros de su familia (vgr., su hermano Quinto, su esposa Terencia...) y sus amigos (vgr., Atico, Tirón, Servio, Trebacio, M. Varrón...), permitiéndonos así conocer sus relaciones con la propia familia y con los amigos, pero además con los políticos, los negociantes, los intrigantes y hasta con los confidentes. En conjunto, una producción epistolar riquísima, bien justificada por la costumbre de Cicerón de escribir *litterae cotidianae* (*Att.* 7, 9; 8, 14; 9, 16) ⁵⁵.

2b. De los 10 libros del epistolario pliniano el último consta de 72 cartas remitidas por Plinio a Trajano y 50 de respuestas del emperador.

⁵⁴ Cf. Mazzoli, *op. cit.*, 1853 ss.

⁵⁵ Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 161.

Las 247 cartas que componen los restantes nueve libros *Ad familiares* van dirigidas a un total de 105 destinatarios. Número ciertamente considerable, pero mientras unos reciben bastantes cartas (11 Tácito), la mayoría muy pocas. Llama además la atención que no se dirijan cartas a amigos íntimos y que muchos contemporáneos famosos tampoco reciban ninguna. La relación autor/destinatario, base fundamental de toda carta, aquí parece desvanecerse por completo.

4. *Posición dentro del género epistolar*

De acuerdo con la división de Deissmann, las cartas de Cicerón serían auténticas cartas, mientras que las de Séneca y las de Plinio, dado su carácter literario, serían epístolas. Esta distinción —que no aceptamos y que todavía hoy a veces se mantiene— necesita además ser revisada por lo que respecta al carácter real o ficticio de los epistolarios senequiano y pliniano.

1. De la autenticidad de las cartas de Cicerón nadie duda. Fueron escritas día a día, bajo la impresión de sucesos de todo tipo públicos y privados, redactadas a menudo con gran rapidez en el momento en que el *tabellarius* estaba a punto de partir. Pero muchas de ellas abundan en períodos que no estarían fuera de lugar en un discurso formal (antítesis, cláusulas de retórica, etc.).

Por lo demás, al desvelar todas sus preocupaciones, no sólo públicas, sino también privadas, Cicerón en sus cartas traza prácticamente su autobiografía ⁵⁶.

2. El problema de fondo que grava sobre las cartas de Séneca y de Plinio es si se trata de cartas propias y verdaderas, realmente expedidas, o de cartas ficticias, escritas para la publicación.

56 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 162; Canfora, «L'epistolario morale», *op. cit.*, 40.

2a. El carácter real o ficticio de las *Epistulae Morales ad Lucilium* es una cuestión *vexatissima*. Las causas de la sospecha ⁵⁷:

- a) El tono moralizante como principal característica.
- b) Numerosos puntos de contacto entre los temas tratados aquí y en algunos de sus *diálogos*.
- c) El destinatario: Séneca declara que mira a la posteridad (*epist.* 8) y así asegurar la inmortalidad a Lucilio, como hizo Epicuro con Idomeneo o Cicerón con Atico (*epist.* 21).

Ya el crítico flamenco J. Lipsio, que publicó en 1605 en Amberes las obras de Séneca, veía esta colección como una pura invención literaria. Sin embargo, a juicio de Scarpat ⁵⁸, la cuestión está hoy dilucidada: Algunas páginas se afincan en la realidad, como indican las numerosas alusiones a pequeños y a veces grandes sucesos contemporáneos. Han surgido de las vivencias cotidianas del filósofo. Por su parte, Cugusi ⁵⁹ señala que se trata de verdaderas cartas, nacidas, eso sí, para la publicación.

El carácter real del epistolario senequiano no excluye que sea distinto del de Cicerón. Las cartas del filósofo cordobés guardan estrecha relación, según Norden ⁶⁰, con la forma de decir propia de la diatriba, «un diálogo realizado al modo de la declamación», aun cuando A. Michel ⁶¹ no cree del todo acertado el término «diatriba» como forma literaria propia de las *Epistolae*, entendiendo por diatriba la sencilla conversación que algunos filósofos mantenían con sus discípulos.

⁵⁷ Cf. Mazzoli, *op. cit.*, 1846 ss.; Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 195.

⁵⁸ Cf. L. Anneo Seneca, *Lettere a Lucilio. Libro primo*. Testo, introduzione, versione e commento, Brescia 1974, 277 ss.

⁵⁹ Cf. *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 199.

⁶⁰ Cf. *Die Antike Kunstprosa*, Leipzig-Berlin 1898 (= 1983; trad. it., *La prosa d'arte antica dal VI secolo a.C. all'età della Rinascenza*, Roma 1986, 2 vols., I, 129 s.). Citaremos por la ed. italiana.

⁶¹ Cf. «L'eloquenza romana», *Introduzione allo Studio della Cultura Classica*, Milano 1972, I, 551-575; 564.

Más acertada nos parece la opinión de H. Dahlmann⁶² de que Séneca, en las *Epístolas* y en otros escritos dialogados, no se muestra continuador del diálogo platónico, ni del aristotélico-ciceroniano, «sino que emplea la forma de la enseñanza popular filosófica, que el griego designa con el término “diálexis”, en la cual solamente habla uno que se interrumpe con frecuencia a sí mismo, presentando las objeciones de su interlocutor ficticio, pero que nada tiene que ver con un auténtico diálogo».

En la *epist.* 118, Séneca reivindica como una innovación el tipo de enseñanza por correspondencia. Ahora bien, la originalidad que reclama hay que entenderla dentro del mundo romano, ya que en Grecia, desde el siglo v a.C., el *genus* epistolar era con asiduidad utilizado por maestros de las más variadas ciencias para la exposición de sus doctrinas. Es, por tanto, la exposición doctrinal de carácter filosófico y moral el rasgo distintivo del género epistolar empleado por Séneca, que contrasta poderosamente con el de las cartas ciceronianas.

Por otro lado, el posible influjo de las cartas de Cicerón, de gran valor biográfico, y las exigencias interiores de Séneca contribuyen a dar a las *Epístolas* valor ampliamente autobiográfico (Cugusi, Lana, Canfora, Mazzoli): Séneca, al sugerir al amigo los instrumentos con qué alcanzar el progresivo perfeccionamiento moral, reconoce implícitamente el *iter* a través del cual él mismo los ha conquistado, el *iter* de su propia experiencia moral⁶³.

2b. La colección de Plinio ha planteado parecidos problemas de autenticidad, debido a⁶⁴:

- a) La indiscutible «literariedad» de las epístolas.
- b) La identificación de la *uarietas* como principio ordenador del epistolario.

62 Cf. L. Anneus Seneca, *über die Kürze des Lebens mit Einleitung, Übersetzung und Erläuterungen*, München 1949; cf., además, Roca Meliá, I., *Séneca. Epístolas morales a Lucilio*, introd., trad. y notas, Madrid 1986, 2 vols.; introd., 7-91; 35.

63 Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 204.

64 Cf. Aubrion, *op. cit.*, 315 ss.

- c) La presunta falta de una conexión directa entre el objeto y el destinatario de cada carta.

Para Peter, el *corpus* epistolar de Plinio se distingue del de Cicerón en que ofrece ejercicios retóricos que el autor quiere hacer pasar por auténticas cartas. Unos críticos han visto en estas cartas *laliai* (= discursos en miniatura); otros, capítulos de novela; varios, artículos de ensayista; incluso algunos, poemas en prosa ⁶⁵.

Para Cugusi ⁶⁶ las cartas de Plinio nacieron como auténticas cartas enviadas en momentos bien precisos a corresponsales reales para comunicar cualquier cosa en concreto. Con esto no se pretende decir que las tengamos exactamente en la forma en que fueron enviadas al destinatario: Plinio, sin duda, las sometió a un proceso de reelaboración para publicarlas.

Pese a todo lo que se ha escrito sobre el carácter ficticio de este epistolario —y es mucho lo que se ha escrito—, los investigadores actuales, asegura Aubrion ⁶⁷, están más inclinados a dar crédito al testimonio de Plinio y a pensar que las cartas, por muy literarias que sean, fueron realmente enviadas a sus destinatarios, muchos de los cuales formaban parte del círculo literario de Plinio, el más importante de la época de Trajano, según E. Cizek ⁶⁸.

El *lib. X* difiere sustancialmente de los *ad familiares* por varias razones ⁶⁹:

- a) El destinatario es siempre el emperador, del que poseemos también las respuestas.
- b) Se sigue un orden cronológico.
- c) No se trata de cartas «literarias» reunidas según el contenido, sino de una correspondencia oficial.

⁶⁵ Cf. *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 216.

⁶⁶ Cf. *op. cit.*, 315.

⁶⁷ Cf. «La littérature et les cercles culturels et politiques à l'époque de Trajan», *ANRW* II.33.1. (1989) 3-35. De interés es también el trabajo de Guillemain, A. M., *Pline et la vie littéraire de son temps*, Paris 1929.

⁶⁸ Cf. *op. cit.*, 7.

⁶⁹ Cf. Aubrion, E., «Pline le Jeune et la rhétorique de l'affirmation», *Latomus* 34 (1975) 90-130; 129; Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 215 s.; Canfora, *op. cit.*, 40.

- d) En los otros nueve libros Plinio se ocupa en cada carta exclusivamente de un motivo, pero aquí plantea al emperador numerosas cuestiones en cada carta.
- e) Las cartas son, por lo general, lacónicas. Plinio evita este estilo oficial en la correspondencia privada, y habla de *inlitteratissimae litterae* (*epist.* 1, 10), pero estas cartas, por muy lacónicas que sean, no carecen de cierto valor literario. Se percibe, en la forma de expresarse, el talento de Plinio.

También la colección pliniana ha sido definida como una autobiografía del autor, pero la imagen que nos ofrece de su carrera de orador y de hombre público está embellecida.

5. Estructura y contenido

1. Las casi mil cartas de Cicerón se distribuyen así:

- a) 16 lib. *Ad Atticum*.
- b) 16 lib. *Ad familiares* así estructurados:
 - Lib. 1 *Ad P. Lentulum*.
 - Lib. 2 *Ad C. Curionem et ceteros*.
 - Lib. 3 *Ad Ap. Claudium Pulchrum*.
 - Lib. 4 *Ad Ser. Sulpicium et ceteros*.
 - Lib. 5 *Ad Q. Metellum et ceteros*.
 - Lib. 6 *Ad Q. Torquatum et ceteros*.
 - Lib. 7 *Ad M. Marium et ceteros*.
 - Lib. 8 De Celio a Cicerón.
 - Lib. 9 *Ad M. Varronem et ceteros*.
 - Lib. 10 *Ad L. Plancum et ceteros*.
 - Lib. 11 *Ad D. Brutum et ceteros*.
 - Lib. 12 *Ad C. Cassium et ceteros*.
 - Lib. 13 *Ad C. Memmium et ceteros*.
 - Lib. 14 *Ad Terentiam uxorem*.
 - Lib. 15 *Ad senatum et ceteros*.
 - Lib. 16 *Ad Tironem*.
- c) Tres libros *Ad Quintum fratrem*.
- d) Dos libros *Ad M. Brutum*.

- e) De otras colecciones poseemos sólo noticias y fragmentos: *Ad C. Nepotem*; *Ad C. Caesarem*; *Ad M. filium*...
- f) Los corresponsales de Cicerón: César, Ap. Claudio, Servio, Trebacio, Dolabella, C. Cassio, D. Bruto, etc.

Estas cartas son una historia por de dentro de la vida política romana desde el año 68 al 43 a.C. En efecto, constituyen un espejo fiel, casi de sabor «documenta» de los turbulentos hechos que llevan desde el final de la República a la creación del Imperio, hechos, por tanto, de enorme trascendencia, de ahí su valor como fuente histórica. A la par las cartas que remitieron a Cicerón sus corresponsales aparecen como un cuadro de la sociedad romana de plasticidad inigualable. Entramos con ellas en los que Lucrecio llamaba *postcaenia uitae*, en este caso en las *postcaenia* de la vida no sólo del propio orador, sino en gran parte de la sociedad de su época⁷⁰.

Cornelio Nepote nos resume el contenido del epistolario *Ad Atticum* con estas palabras: *qui legat non multum desideret historiam contextam eorum temporum* (*Att.* 16, 3).

2. Las *Epistulae Morales ad Lucilium* han planteado serios problemas en cuanto a la estructura externa: No sabemos cuál fue su extensión originaria. A. Gelio conocía el lib. XXII, que no se ha conservado.

La tradición medieval ha dividido el *corpus* que ha llegado hasta nosotros en dos grandes secciones, de desigual extensión, de acuerdo con los dos MSS en que nos han sido transmitidas: Los libros I-XIII (epp. 1-88) y libros XIV-XX (epp. 89-124). El lib. XXII tal vez pertenecía a un bloque de cartas editadas después de la muerte de Séneca. Las dos tradiciones manuscritas deberían —según Reynolds⁷¹— tratarse como problemas separados.

Otro dato evidente es que los tres primeros libros (epp. 1-29) sin duda constituyen una unidad, publicada autónomamen-

70 Cf. Rostagni, *op. cit.*, I, 595.

71 Cf. *The medieval tradition of Seneca's Letters*, Oxford 1965, 17; Reynolds ha hecho una edición de las cartas de Séneca en dos tomos de acuerdo con las dos tradiciones medievales (cf. L. *Annaei Senecae ad Lucilium Epistulae Morales*, Oxonii 1965, 2 vols. [= 1969-1972]).

te, corroborado en el aspecto formal por las constantes citas de Epicuro, pero sobre todo —en opinión de I. Lana⁷²— estos tres libros conforman una unidad porque el tema dominante es la elección de la vida retirada que el filósofo debe asumir frente a la sociedad en que vive.

La crítica se ha empeñado en identificar un sistema ordenado, un diseño unitario en el conjunto del epistolario (vgr., H. Cancik y G. Maurach⁷³). G. Mazzoli recoge y valora equitadamente las diversas posiciones. Sin embargo, nos parece mucho más sensata su propia opinión: Para este estudioso *las Epístolas a Lucilio* son una obra en progreso y una reacción en cadena que sólo la muerte de Séneca consiguió detener⁷⁴.

Las 124 *Epístolas a Lucilio* no difieren demasiado de sus tratados filosóficos, si no es en ese carácter más íntimo conferido por esa relación personal entre maestro y discípulo. El esquema formal es nuevo: Tras el saludo entra directamente en materia, desarrolla un pensamiento filosófico y se cierra con un simple *uale*.

La exposición filosófica de Séneca se mantiene fiel a los principios fundamentales del estoicismo medio (Panecio y Posidonio) (cf. *epist.* 33), pero su adhesión al sistema refleja cierta libertad e independencia, de ahí que se le haya tachado de ecléctico. También se perciben otras influencias ideológicas como la epicúrea, la pitagórico-aristotélica, la cínica y, posiblemente, la cristiana⁷⁵.

Un hecho para Lana⁷⁶ es cierto: La homogeneidad de la obra, segura por lo que respecta al propósito (i. e., la formación de los *mores*), no se mantiene en la estructura y en la articulación de la misma.

72 Cf. *op. cit.*, 280.

73 Cf. Cancik, H., *Untersuchungen zu Senecas Epistulae Morales*, Hildesheim 1967; Maurach, G., *Der Bau von Senecas Epistulae Morales*, Heidelberg 1970.

74 Cf. *op. cit.*, 1863.

75 Cf. Roca, *Cartas a Lucilio*, *op. cit.*, introd., 48 ss.

76 Cf. *op. cit.*, 284.

Por el epistolario senecano desfilan temas de gran actualidad ⁷⁷: Argumenta contra las crueldades de la esclavitud (*epist.* 47) o contra los abusos de los gladiadores (*epist.* 70), contra la embriaguez (*epist.* 83), etc.

3. El *lib.* X de la colección pliniana, la correspondencia oficial con el emperador, es un documento de gran interés histórico. De un modo especial lo son las dos cartas sobre los cristianos (*epist.* 96 y 97), cuya autenticidad, que ha sido objeto de un amplio debate, es hoy admitida por la inmensa mayoría de los críticos. En ellas, por primera vez, un autor pagano da testimonio del progreso y represión de la nueva religión.

En este décimo libro Plinio plantea a Trajano numerosas cuestiones en cada carta, lo que no sucede en los libros *Ad familiares*, donde —salvo pocas excepciones— trata un solo tema. Este tema, generalmente, se esboza y luego se desarrolla, discute e ilustra.

Las cartas de los nueve libros *Ad familiares* son clasificables fácilmente en tipos regulares, en consonancia con el tema: Asuntos públicos y personales, descripciones de lugares y de personas (Plinio generalmente renuncia o suprime los comentarios adversos sobre sus contemporáneos, excepto sobre su odiado Régulo, favorito de Domiciano), consejos, anécdotas, literatura (es especialmente exquisito en cuestiones literarias). Hay temas, comunes a otros escritores de la época, que aquí apenas aparecen: El saber arqueológico, el lenguaje y la gramática, y la filosofía. Plinio no era un erudito ni un pensador. Es inútil buscar en sus cartas pensamientos originales o profundos ⁷⁸.

Justamente de la lectura de los *corpora* epistolares ciceronianos habría sacado la idea de representar también él los hechos de su tiempo y de su ambiente. Naturalmente la diferencia entre las dos colecciones es grande, de ahí el contraste

⁷⁷ Mazzoli en su amplio y documentado estudio sobre las *Cartas a Lucilio* dedica un amplísimo apartado a «Temas epistolares y bibliografía específica» (cf. *op. cit.*, 1829-1845).

⁷⁸ Cf. Kenney, E. J. - Clausen, W. V. (eds.), *The Cambridge of History of Classical Literature II: Latin Literature*, Cambridge U. P., 1982. Trad. esp. Madrid 1989, 717.

que se percibe entre la atmósfera densa de los hechos políticos del epistolario de Cicerón (son sustancialmente *litterae negotiosae*) y aquella densa de los hechos culturales y literarios de las cartas plinianas (sustancialmente *litterae litteratae*)⁷⁹.

Estos nueve libros muestran cómo del singular encuentro entre argumentos cotidianos y refinado estilo nace una rica serie de cuadros, en los que el autor se presenta a sí mismo, a sus familiares y amigos (vgr., Marcial, Suetonio y Tácito), su actividad y sus reposos. El tiempo libre, el *otium*, del círculo literario de Plinio se desarrolla ante los ojos del lector⁸⁰.

Pese a todo, el interés literario que posee el epistolario pliniano ha atraído sobre todo la atención de los historiadores, que buscan en él referencias a las ciencias, artes y técnicas más diversas. La medicina se interesa por ciertas descripciones clínicas, como la muerte de Plinio el Viejo por asfixia (*epist.* 6, 16), la vulcanología por el relato de la erupción del Vesubio (*epist.* 6, 16 y 20), los historiadores de la cultura y del arte, los arqueólogos reúnen indicaciones sobre las bibliotecas privadas, sobre la pintura, la escultura y la arquitectura⁸¹.

6. Lengua y estilo

La carta, entendida como una «esponja» genérica⁸², como una variedad formada por una tupida red de elementos de diversa procedencia, tan variable en fondo y forma como su finalidad, aunque no es un producto esclavizado y sometido a la retórica, se verá, no obstante, afectada por los cambios que aquella experimente en el curso del tiempo.

Como ha notado Peter, el impulso para la literatura epistolar romana parte de Cicerón, no de la colección *Ad Atticum*, que el autor nunca pensó en publicar, sino de *Ad familiares*, sin duda destinadas para el público, aunque redactadas para el

79 Cf. Cugusi, *Evoluzione e forme...*, *op. cit.*, 220.

80 Cf. Cizek, *op. cit.*, 27.

81 Cf. Aubrion, *op. cit.*, 323 ss.

82 Cf. Suárez de la Torre, «Ars epistolica...», art. cit., 181.

destinatario. La evolución posterior de la epístola en el sentido literario —desde Séneca y Plinio en adelante— significa un cuidado creciente por la forma en manos de la escuela retórica, junto con la pérdida progresiva del tono conversacional y de la vinculación íntima entre destinatario y contenido⁸³.

Los tres epistolarios «mayores» nos obligan a recorrer el camino que conduce la elocuencia desde los turbios tiempos de la república con Cicerón hasta la refinada atmósfera del Imperio en tiempos de Plinio, a analizar —si bien someramente— los cambios operados en los cánones literarios⁸⁴.

6.1. Cicerón y la lucha entre aticismo y asianismo

Cicerón se da perfecta cuenta de lo que en su tiempo representa el arcaicismo (*de orat.* 3, 153), que Quintiliano considera uno de los medios esenciales para agradar (8, 3, 25). Pero el empeño de Cicerón en conseguir una prosa más libre de construcciones vetustas y de vocablos viejos se ve frenado por ilustres representantes de todos los géneros literarios, que practican todavía el arcaicismo en la expresión y en la construcción (vgr., Lucrecio, Salustio).

En época de César se percibe una oposición frente a la elocuencia ciceroniana, influenciada, según decían sus oponentes (vgr., Bruto, Atico, Calvo), por el asianismo. Se exige entonces un aticismo más estricto. Lisias es el nuevo modelo con su estilo conciso y elegante, y también Tucídides, notable igualmente

83 Cf. Muñoz, M.^a N., «La epistolografía..», art. cit., 148.

84 Cf. Norden, E., *op. cit.*; Kennedy, *The art of Rhetoric in the Roman World 300 B.C.-A.D. 300*, New Jersey 1972; Leeman, A. D., *Orationis ratio. Teoria e pratica stilistica degli oratori, storici e filosofi latini*, Amsterdam 1963 (trad. it., Bologna 1974); Michel, A., «L'eloquenza romana», *op. cit.*; Murphy, J., *Sinopsis histórica de la retórica clásica*, trad. esp., Madrid 1989; Oroz Reta, J., «El arte de la palabra en la Antigüedad», *Helmantica* 64 (1970) 5-78; Martínez Gázquez, J., «Elocuencia y retórica en Roma a fines del s. I», *Helmantica* 88 (1978), 77-90; Castillo, C., «Teorías del estilo en la literatura latina: Tradición y evolución», *Eclás* 18 (1979) 235-256; Alberte González, A., «Cicerón y Quintiliano ante la retórica. Distintas actitudes adoptadas», *Helmantica* 34 (1983) 249-206; Id., «Implantación y evolución de la retórica latina», *Estudios de Drama y Retórica en Grecia y Roma*, León 1987, 253-263.

por su sobriedad. Sin embargo, no se trata de una reacción doctrinal ante la elocuencia ciceroniana, sino de una superación en el gusto literario.

Pues bien, de en medio de este mar tempestuoso, tanto en política como en elocuencia, emerge la correspondencia ciceroniana, en la que —según Paratore⁸⁵— se une la espontaneidad y frescura con que el autor revela los pliegues más íntimos de su ánimo con una expresión familiar y desembarazada, llena de palabras y expresiones coloquiales. Estamos muy lejos de los discursos escritos en plena madurez, prevalecen ahora los períodos breves, el material léxico es mucho más variado que el usado por el orador y por el tratadista, con abundancia de palabras y giros griegos.

Las cartas de Cicerón nos revelan la manera de hablar de los romanos cultos y constituyen uno de los monumentos del *sermo familiaris* latino. El *sermo* ciceroniano es de vital importancia —apunta Cugusi⁸⁶— para el estudio de las formas lingüísticas de la epistolografía latina.

6.2. Séneca y el «estilo nuevo»

Con la muerte de Cicerón se termina la gran tradición de la oratoria y de la retórica romanas. Un repaso de las *Controversias* de Séneca el Rétor, del *Diálogo de los oradores* de Tácito o del *Satiricón* de Petronio revela que el alto grado de creatividad artística alcanzado durante la República no podía continuar bajo el Imperio.

En efecto, al cambiar las condiciones políticas y sociales, al sofocarse la libertad del foro, se ve atacada la naturaleza y el ejercicio del arte retórico, reducido a la vida sombría de las escuelas. Los años que van desde el inicio del reinado de Tiberio (14 p.C.) a finales de Adriano (138 p.C.) suponen un afianzamiento del Imperio romano y un período en que el

85 Cf. *Storia della letteratura latina*, Firenze 1968, 193.

86 Cf. *Evoluzione e forme...*, op. cit., 163.

estudio de los principios y la práctica en el arte de hablar iban a afectar profundamente al estilo ⁸⁷.

Los estudiosos de retórica usan con frecuencia la expresión «Segunda Sofística» ⁸⁸ para describir este período de excesos oratorios, de preocupación estilística, en el que el tema era menos importante que la forma.

A Séneca se le considera el mejor exponente del nuevo estilo, pero el «nuevo estilo» que Séneca propone a Lucilio rechaza los excesos de su época, las petulancias y arcaísmos con apariencia de erudición vana: *Multi ex alieno saeculo petunt uerba, duodecim tabulas loquuntur* (epist. 114).

Para entender la postura de Séneca ⁸⁹ debe recordarse que el filósofo se encuentra ante una tradición ciceroniana que domina en la elocuencia y a la que acuden cuantos desean alcanzar la perfección literaria. La frase de Plinio, *res ardua uetustis nouitatem dare, nouis auctoritatem* (nat., praef. 12), sirve para calificar la tendencia tradicional ciceroniana y la nueva que se inicia con Séneca.

Junto a la tendencia que busca la novedad en lo antiguo se da un renacimiento de las modas estilísticas. La renovación no podía venir ni del clasicismo ciceroniano ni de las escuelas anticiceronianas. Ahora triunfa el asianismo, ya viejo ciertamente ⁹⁰.

El aticismo y el clasicismo tendían a dar preferencia a la forma sobre el fondo, en cambio el asianismo conquistaba así a cuantos estaban más preocupados por el pensamiento y el asunto que por el estilo. Séneca defendía con estas palabras al filósofo Papirio Fabiano, cuyo estilo había sido criticado por Lucilio: *Mores ille non uerba composuit et animis scripsit ista non auribus* (epist. 100). Su modelo directo fue Papirio Fabia-

87 Cf. Murphy, *op. cit.*, 212 s.

88 Cf. Sirago, J., «La seconda sofistica come espressione culturale della classe dirigente del II secolo», *ANRW* II.32.2 (1989) 36-78.

89 Cf. Oroz Reta, «Dimensión literaria de Séneca», *Actas del Congreso Internacional de Filosofía*, Córdoba 1965, 109-134; del mismo, «Séneca y el estilo "nuevo"», *Helmantica* 50-51 (1965) 319-356; 329.

90 Cf. Norden, *op. cit.*, I, 263 ss.

no, aquel declamador filósofo o filósofo declamador cuyo estilo ensalza ⁹¹.

Para Séneca el pensamiento prevalecerá siempre sobre todas las leyes del estilo. Lenguaje de la interioridad y de la predicación son los dos aspectos que desarrolla Traina en su ya clásico libro sobre el estilo senequiano. En numerosas epístolas insiste Séneca en la subordinación de las palabras al tema propuesto y recomienda siempre a Lucilio que cuide más el fondo de sus escritos que el estilo (*epist.* 115). La exhortación a la sencillez de la frase es constante, siendo la palabra familiar la que conviene a la enseñanza de la filosofía (*epist.* 38).

Es decir que para Séneca, discípulo aventajado de las lecciones de escuela, la retórica se convierte en vehículo valioso para expresar su mensaje. La teoría del estilo senequiana, en opinión de G. Kennedy ⁹², está claramente influenciada por las teorías estoicas de retórica (acuerdo entre naturaleza y razón, rechazo de los excesos, sentencias epigramáticas...).

Como claro representante del estoicismo romano —informa A. Setaioli ⁹³— cumple lo que dice en la *epist.* 108: *Quae philosophia fuit, facta filologia est*. La célula estilística de Séneca y de su tiempo es la *sententia*; en tiempos de César y de Cicerón había sido el período. Cuando cambia el estilo, cambia un sistema de valores: *Talis hominibus fuit oratio qualis uita* (*epist.* 113) e insiste: *Ne orationi uita dissentiat* (*epist.* 20); *concordet sermo cum uita* (*epist.* 75). Esta ecuación estilo = ánimo recuerda la indisoluble unidad de estética y moral que estaba en la estética individualizante de Panecio, representante del estoicismo moderado.

Ante las *Epistulae ad Lucilium* no puede por menos de sorprendernos el efecto «*staccato*» de su prosa. Para Marchesi ⁹⁴ «Séneca hizo triunfar en la literatura latina la revolución ini-

91 Cf. Norden, *op. cit.*, I, 320; Oroz Reta, art. cit., 331.

92 Cf. *op. cit.*, 479; Kenney-Clausen, *op. cit.*, 505 ss.

93 Cf. «Seneca e lo stile nuovo», *ANRW* II.32.2 (1985) 776-858; 819 s.; y López Kindler, A., *Función y estructura de la sententia en la prosa de Séneca*, Pamplona 1966.

94 Cf. Marchesi, C., *Seneca*, Milano-Messina 1944³ (= 1920) 217.

ciada desde hacía medio siglo. Con su estilo y su sintaxis contrapuso a la convención ciceroniana, que es toda simetría, el estilo humano que es asimétrico».

Si para Cicerón el ideal era un estilo formado por períodos pulidos hasta la perfección, en Séneca hallamos un lenguaje casi atomizado. Condensa todo esto la célebre fórmula con que Marchesi definió el estilo senequiano: «E' lo stilo dramatico dell'anima umana che è in guerra con se stessa»⁹⁵.

Para decirlo en pocas palabras: El filósofo cordobés abandona las proporciones clásicas del discurso ciceroniano y reduce la sólida cohesión de sus ideas a una serie de frases muy cortas, *minutissimae sententiae* las llama Quintiliano (10, 1, 130). El papel de Séneca en la renovación del estilo hizo que Guillemin lo considerase como el segundo fundador de la prosa latina⁹⁶.

Norden, por su parte, sostiene que «hay algo de teatral en la índole de este hombre» como «teatral es también su estilo», no haciéndolo inmortal su estilo, sino su contenido intelectual, que fue grato al Medioevo. Para concluir diciendo que «podemos sin vacilación afirmar que, excepto Tácito, nadie hizo del estilo moderno en modo tan brillante la expresión no sólo de la propia personalidad, sino también de la época entera»⁹⁷.

6.3. Plinio y la moderación de estilo

La teoría retórica de Séneca a Plinio pasa necesariamente por el tamiz de Quintiliano, quien no se contentó con deplorar y describir la decadencia de la elocuencia, sino que quiso aportar su experiencia e influencia para propagar su reacción clasicista y de admiración por Cicerón, *latinae eloquentiae princeps* (6, 3, 1).

Quintiliano tendrá sumo cuidado en poner en guardia al educador que debe conducir a los discípulos por medio de dos

95 Cf. *op. cit.*, 218.

96 Cf. «Sénèque, second fondateur de la prose latine», *REL* (1957) 265-284.

97 Cf. *op. cit.*, I, 323.

frentes, igualmente peligrosos: De un lado, el estilo antiguo, con sus defectos de aridez y dureza, y de otro, el estilo nuevo, que tiene como principal representante a Séneca. Entre ambos se abre el camino angosto del clasicismo que, a pesar de los consejos e indicaciones de Quintiliano, se iba abandonando de día en día. Séneca participaba, por tanto, de las características que era necesario desterrar ⁹⁸.

Quintiliano ha conquistado la fama de adversario del escritor cordobés por la crítica tan severa y a la vez envuelta en una misteriosa vaguedad que de él hace (10, 1, 125-131): *Ex industria Senecam in omni genere eloquentiae distuli propter uulgatam falso de me opinionem, qua damnare eum et inuisum quoque habere sum creditus. Quod accidit mihi, dum corruptum et omnibus uitiis fractum dicendi genus reuocare ad seueriora iudicia contendo; tum autem solus hic fere in manibus adulescentium fuit. Quem non equidem omnino conabar excutere, sed potioribus praeferrere non sinebam, quos ille non destiterat incessere, cum diuersi sibi conscius generis placere se in dicendo posse iis, quibus illi placerent, diffideret. Amabant autem eum magis quam imitabantur, tantumque ab eo defluebant, quantum ille ab antiquis descenderat (ibid., 125-126).*

La especialidad de Séneca, explica, consiste en «debilitar la solidez de sus ideas en las *minutissimae sententiae*»: ... *si rerum pondera minutissimis sententiis non fregisset... consensu potius eruditorum quam puerorum amore comprobaretur (ibid., 130).*

Las cartas de Plinio son un material importante que nos muestra el nuevo ángulo de visión. Sin duda la influencia ejercida por Quintiliano como maestro —Plinio lo llama *praeceptor meus (epist. 2, 14)*— y la lectura de la *Institutio Oratoria* se reflejan en sus escritos. Son varios los críticos que consideren las epístolas como una *Institutio Oratoria* en pequeño (vgr., Cugusi, Leeman, Picone). Directa o indirectamente, a través de Quintiliano, el influjo de Cicerón en la oratoria y en la epistolografía pliniana es bien perceptible ⁹⁹.

⁹⁸ Cf. Martínez Gázquez, art. cit., 85.

⁹⁹ Cf. Weische, A., «Plinius d.J. und Ciceron. Untersuchungen zur römischen Epistolographie in Republik und Kaiserzeit», *ANRW* II.33.1 (1989) 375-386.

Plinio se pronuncia por la imitación de los grandes modelos y admira a Cicerón: *Est enim mihi, inquam, cum Cicerone aemulatio, nec sum contentus eloquentia saeculi nostri* (*epist.* 1, 5). En Plinio *aemulatio* e *imitatio* se dan la mano. Reprueba la brevedad excesiva de aticistas y neoasianistas, y la retórica del estilo nuevo. Pero en él también hay *sententiae* al gusto de Séneca y de Tácito ¹⁰⁰.

Y es que en Plinio, como señala Norden ¹⁰¹, se observan manifestaciones estilísticas contradictorias, ejemplo típico de la vacilante búsqueda en su época de la vía justa. Fue alumno simultáneamente de Quintiliano, defensor del clasicismo, y de Nicetes Sacerdos de Esmirna, asianista. Se halla más bien Plinio en una posición intermedia, como Quintiliano y Tácito (*epist.* 6, 21: *Sum ex iis qui mirantur antiquos, non tamen, ut quidam, temporum nostrorum ingenio despicio...*).

El virtuosismo estilístico de Plinio hay que conectarlo evidentemente con las declamaciones y los gustos de la época de Trajano, pero será en Cicerón en quien Plinio busca su inspiración y modelo último, pero es el Cicerón de los discursos y tratados más que el de las cartas el que imita. Si carecer de defectos es una virtud, puede decirse que Plinio es un virtuoso. Para la crítica en general su mayor virtud estilística es la moderación ¹⁰².

Las investigaciones actuales sobre el arte y la lengua del epistolario pliniano —concluye diciendo Aubrion ¹⁰³— parecen confirmar el juicio de Norden ¹⁰⁴: Como hombre y como escritor es un excelente representante de la primera época imperial, más que Séneca o Tácito, porque sin ser un genio como aquéllos, encarna mejor el tipo medio de su tiempo, aunque él esté convencido de superarlo con mucho.

100 Cf. Cizek, *op. cit.*, 12 s.; Aubrion, *op. cit.*, 358 ss.

101 Cf. *op. cit.*, I, 329.

102 Cf. Kenney-Clausen, *op. cit.*, 718.

103 Cf. *op. cit.*, 360.

104 Cf. *op. cit.*, I, 329.

7. *Fortuna e influencia* ¹⁰⁵

1. El epistolario ciceroniano se impuso como modelo, sobre todo después de la alabanza de Nepote (*Att.* 16, 3), escapando al juicio desfavorable de Séneca (*epist.* 118).

A partir del clasicista Quintiliano encontró siempre gran favor entre la posteridad. Plinio considera que no es posible alcanzar el nivel de Cicerón por el *ingenium* y por la riqueza de hechos que aquél narra (*epist.* 9, 2). Las alabanzas más efusivas se encuentran en Frontón, para quien *epistulis Ciceronis nihil est perfectius*, declarando a su vez su discípulo y correspondiente Marco Aurelio: *Epistula Ciceronis mirifice adfecit animum meum* ¹⁰⁶.

Ya en el mundo cristiano San Jerónimo (*epist.* 85, 1) escribe a Paulino de Nola en tono de elogio más que reflejando un hecho real: *Voce me prouocas ad scribendum, terres eloquentia, et in epistolari stylo prope Tullium repraesentas*. San Agustín hace referencia a la extensión de las cartas ciceronianas como canon para medir la extensión de las suyas (*epist. ad Elpidium* 242, 5).

Sidonio Apolinar (*epist.* 1, 1, 2), tras citar a Plinio y a Símmaco como modelos de estilo epistolar, añade: *Nam de Marco Tulio silere melius puto*, dando a entender que el modelo ciceroniano se pone sobre todo intento de imitación.

Luego, estas cartas, perdidas durante muchos siglos, fueron descubiertas por F. Petrarca en 1345 en la Biblioteca de la catedral de Verona. El impacto de tal hallazgo animó a la búsqueda del resto de la correspondencia, que C. Salutati sacaría a la luz en 1392 ¹⁰⁷. Este descubrimiento decepcionó a muchos humanistas, que sólo conocían al Cicerón de las grandes obras literarias. Se resquebraja el mito del hombre ideal, al desvelarse ahora en

¹⁰⁵ El estudio citado de Cugusi, *Evoluzione e forme...*, aporta datos de interés sobre la fortuna de estos tres epistolarios (cf. para Cicerón, 173-176; para Séneca, 206; para Plinio, 225-227 y 238 s.).

¹⁰⁶ Cf. Frontón, *M. Cornelius Fronto. Epistulae*, ed. M. P. J. van den Hout, Teubner, Leipzig 1988, 104, 14 y 47, 16-17.

¹⁰⁷ Cf. Rostagni, *op. cit.*, I, 594.

sus cartas sus contornos perfectamente «humanos», con sus virtudes y también con sus vicios, debilidades, temores... Por mediación de Petrarca, Cicerón se convertiría en uno de los pilares en que descansaría el ideal renacentista del Humanismo.

2. Las epístolas senequianas en la Edad Antigua no gozaron de fortuna en cuanto tales. Posiblemente en ellas se vieron, más que epístolas, trozos de vario género que despertaban en especial interés por su contenido filosófico. Puede haber jugado un papel importante también el juicio negativo que durante tanto tiempo se tuvo de la figura y del estilo de Séneca. Sean cuales sean las causas, es palmario que a diferencia de la colección de Cicerón y de la de Plinio, la del filósofo cordobés no fue imitada o fue muy poco citada. Quintiliano se limita a decir brevemente, *epistulae [Senecae]... feruntur* (10, 1, 129). Gelio las cita para criticar los juicios literarios de Séneca (10, 2, 1).

Se ha insistido sobre el hecho de la asombrosa coincidencia que en algunos puntos revela el pensamiento del filósofo cordobés con la doctrina cristiana. Data del siglo IV un intercambio epistolar apócrifo (14 epp.) entre Séneca y el apóstol Pablo, su más notable contemporáneo cristiano. Este hecho —San Jerónimo y San Agustín las tuvieron por auténticas— favoreció sin duda la conservación a través de toda la Edad Media de las auténticas cartas senequianas ¹⁰⁸.

Con el siglo XII comienza la popularidad de Séneca, que pasa a ocupar el segundo lugar entre los autores clásicos en prosa, después de Cicerón ¹⁰⁹. El interés que despertó Séneca durante la Edad Media se debió, en opinión de Norden, y que comparte Reynolds ¹¹⁰, al contenido filosófico-moral de esta correspondencia, no al estilo. Pero durante los siglos XVI y XVII la figura política y el estilo de Séneca fueron reivindicados por el tacitismo, al ser propuesto como paradigma del buen privado frente al ambicioso Sejano ¹¹¹, siendo además muy imita-

108 Cf. Roca Meliá, *op. cit.*, 59-63.

109 Cf. Reynolds, *op. cit.*, 112 ss.

110 Cf. Norden, *op. cit.*, I, 318; Reynolds, *op. cit.*, 112.

111 Cf., entre otros, Abel, K., «Die Taciteische Seneca-Rezeption», *ANRW* II.33.4 (1991) 3155-3181; Bülher, K. A., *Séneca en España*, trad. esp., Madrid 1983.

do el estilo de su prosa (vgr., en España: Antonio Pérez, F. de Quevedo, D. Saavedra, B. Gracián...).

3. Los nueve libros de *Ad familiares* de Plinio, gracias a la elegancia de su estilo, fueron pronto elevados a la categoría de «modelo» para los cultivadores del *genus* epistolar. San Jerónimo mostró tener un buen conocimiento del epistolario. Símmaco estructuró su epistolario en nueve libros, tal vez sobre el modelo de la colección pliniana. Su fortuna tocó la cima con Sidonio Apolinar, para quien Plinio forma parte del «canon» de los autores de epístolas, junto con Cicerón y Símmaco.

Por el contrario, el libro X no parece haber tenido mucha fortuna. Las cartas sobre los cristianos (96-97) fueron conocidas —quizá no directamente— por Tertuliano (*apol.* 2, 6-7). Es incierto si el intercambio de Frontón con Marco Aurelio está inspirado en el de Plinio con Trajano, y la misma duda plantea la colección de las cartas oficiales (y de las *relationes*) de Símmaco.

* * *

Así pues, la identidad de situaciones y de temas, el uso peculiar del griego y de la citas, las alabanzas y la imitación/ emulación de los predecesores que cultivaron el *genus* epistolar, representan «modos» de la comunicación epistolar privada en la pluma de autores refinados. Por consiguiente, son formas epistolares que han entrado a formar parte del «bagaje» técnico a disposición de autores que quieren comunicarse con los amigos ausentes ¹¹².

Como corolario y con palabras de Cugusi ¹¹³ únicamente nos resta decir que no sólo se llega a la creación y a la definición del *genus* epistolar, sino que en los autores griegos y latinos, paganos y cristianos, que cultivan la epistolografía, se crea también una «consciencia del *genus*» que persistirá a lo largo del tiempo.

BEATRIZ ANTÓN

Universidad de Valladolid

¹¹² Cf. Cugusi, «L'epistolografia...», *op. cit.*, 394.

¹¹³ Cf. «L'epistolografia...», *op. cit.*, 391.